

muerzo fui á Turnham Green para ver el sitio. Le encontré después de algunas investigaciones. Es el sitio exacto sin género de duda, y admirablemente dispuesto para un asesinato (1).

A la vuelta cogí á Shakespeare, y no pude dejarle. Pasé todo el día hojeándole hasta la hora de vestirme. Después á la comida de la Real Academia (2). Un gran número de amigos, y una porción de sonrisas y apretones de manos. Ocupé un sitio agradable, cerca de Thesiger, de Hallam y de Inglis. Mucha animación y muchas pinturas buenas. Me embelesaron la *Roche-He* de Stanfield y tres cuadros de Roberts. Es el cumpleaños del duque; hoy tiene ochenta y tres. Ahora no le veo nunca sin un interés doloroso. Cada vez que le veo pienso que puede ser la última. Brindamos por él con inmensas aclamaciones. Dió las gracias, y habló de la pérdida de Birkenhead. Yo hice notar (y Lawrence, el ministro americano, dijo que había notado lo mismo) que, en su elogio de los compañeros muertos, el duque no hablaba de su valor nunca, sino siempre de su disciplina y subordinación. Esto lo repetía varias veces. En cuanto al valor, presumo que le daba por cosa supuesta. Lord Derby habló con alma, pero con menos seguridad que las demás veces que le he oído. El discurso de Disraeli fué hábil. Con menosprecio de todas las reglas, brindó por lord John Russell. Lord John respondió jovialmente y bien. A mí me satisfizo. Aunque un discurso en la Real Academia no es gran cosa, conviene que todo lo que él hace ahora esté bien hecho.

(1) Véase la reseña de la conjuración en el capítulo XXI de la *Historia*.

(2) Macaulay asistía á la comida en su calidad de profesor de literatura antigua de la Real Academia.

## CAPÍTULO IX

1852-1856

El magnetóscopo y la mesa giratoria.—Reelección de Macaulay por Edimburgo y satisfacción general que ocasionó.—Enfermedad grave.—Crifton.—Trozos del Diario de Macaulay.—Su apego á los recuerdos antiguos.—Barley Wood.—Cartas á Mr. Ellis.—Gran cambio en la salud y en las costumbres de Macaulay.—Su discurso en Edimburgo.—La Cámara de los Comunes.—El presupuesto de Mr. Disraeli.—Formación del ministerio de lord Aberdeen.—El bill de exclusión de los jueces.—El bill de la India.—El impuesto anual.—Macaulay deja de tomar parte activa en la política.—Cartas á Mr. Ellis.—Mrs. Beecher Stow.—Tunbridge Wells.—Platón.—Mr. Vize-telly.—Patriotismo de Macaulay.—La guerra de Crimea.—Exámenes de concurso.—La *Historia*.—Thames Ditton.—Publicación de los tomos III y IV de Macaulay.—Estadística de la venta de la *Historia*.—Honores conferidos á Macaulay.—El Museo Británico.

El año 1852 empezó muy agradablemente para Macaulay. Desde Enero hasta Julio su Diario ofrece un registro de labor literaria no interrumpida y animosa y de alegres comidas y almuerzos en las casas que le gustaba frecuentar. Hacia este periodo los amigos entre quienes vivía se entregaban mucho á investigaciones que bien podrían incluirse en el dominio de las ciencias ocultas, y á que hacen referencia más de una vez así el Diario de lord Carlisle como el de Macaulay.

18 de Mayo de 1852. — Vino Mahon y fuimos á una casa de la calle de \*\*\*, donde un doctor \*\*\*, hace sus maravillas de frenología y mesmerismo. Yo estaba medio avergonzado de ir; pero Mahon se empeñó. Poco después de nosotros llegaron el obispo de Oxford y su hermano Roberto. Jamás se oyó tan despreciable charlataneria. El fraude saltaba á los ojos. No puedo concebir que aquello impusiese á un niño. El hombre no sabía nada de mí, y, por consiguiente, la supercheria falló de una manera lastimosa. Me dijo que yo era un pintor — un pintor de paisaje ó de historia. — De Hallam había hecho un músico. Apenas pude abstenerme de manifestar mi desdén y disgusto mientras él andaba manoseándome la cabeza y observando las oscilaciones de su péndulo.

19 de Mayo. — Comida con el obispo de Londres. La reunión hubiera debido ser agradable; estaban el obispo de Oxford, Milman, Hallam y el Rajá Brooke. Pero desgraciadamente nos engolfamos en una discusión algo viva sobre la clarividencia. Los dos obispos perdieron los estribos. Todos estuvimos demasiado disputadores, aunque creo que por mi parte sin ofender.

En ocasión posterior escribe Macaulay: Almuerzo con convidados. Se habló de la electricidad y del movimiento rotatorio de las mesas bajo el influjo eléctrico. Yo era muy incrédulo. Hicimos el experimento con mi mesa; y hubo á la verdad rotación, pero impresa probablemente por el Obispo de Oxford, aunque él declaró que no estaba completamente seguro de si había ó no empujado. Volvimos á probar, y entonces empujó ciertamente é imprimió un movimiento rotatorio, idéntico al que habíamos visto antes. Marró, pues, el ensayo. Pero yo no diría con seguridad en este caso, como lo digo en los de clarividencia, que deba haber

engaño. Sé demasiado poco de electricidad para pronunciarlo (1).

Aunque la vida de Macaulay se deslizó serena y tranquilamente durante los primeros meses de 1852, ese año le guardaba aún su reserva de males lo mismo que de bienes. La legislatura había sido fecunda en acontecimientos. Encontré á Greville en la calle (escribe Macaulay). Va á Broadlands, y parece convencido de que Palmerston no piensa más que en vengarse de lord John, y que pronto será *leader* de la Cámara de los Comunes bajo lord Derby. Lo dudo. Podía dudarle. El último secretario del Foreign Office no era hombre para cruzarse de brazos ante un agravio; pero sabía ajustar antiguas cuentas con sujeción á las reglas del decoro político. Merced á su poderosa ayuda, los conservadores lograron derrotar al ministerio en un pormenor del bill de la milicia; y lord Derby subió con una minoría, y llegó hasta el fin de la legis-

(1) Macaulay no gustaba de charlatanes, é incluía en esa categoría á algunos que se arrogaban muy presuntuosamente el título de filósofos. «Ayer (escribe una vez á Lady Trevelyan) llamaron á mi puerta, y entró aquel miserable impostor de \*\*\*, á quien suponía ahorcado ó guillotinado hacía años. Tú debes haber oído hablar de él. Es un prosélito de Spurzheim, una mezcla de todas las charlatanerías fisiológicas y teológicas de medio siglo. Siempre le detesté; pero no pude echarle del cuarto, porque prorrumpió: «¿No se acuerda usted? ¡Se parece usted tanto al querido Zacarías! Así precisamente solía mirarme él. (Yo miraba, entre paréntesis, como una fiera). Le toqué á usted el cráneo cuando era niño, y profeticé que sería Ministro. Esto es lo que se llama una demostración. Desde entonces siempre tengo el ojo sobre usted. ¡Caramba! ¡La cosa va de veras!» De modo que invité á mi hombre á sentarse, y estuve todo lo atento que podía estar con quien yo sabía que no era más que un simple Dousterswivel. Macaulay termina su carta muy característicamente, lamentando que su visita no le hubiese pedido auxilio pecuniario, á fin de haberle podido dar un billete de diez libras.

latura lo mejor que pudo. A principios de verano fué disuelto el Parlamento, y en Julio se hicieron las elecciones generales, sin gran resultado definitivo en la cuestión litigiosa. El programa ministerial no era para provocar entusiasmos. Lord Derby se concretó á vagas indicaciones que podían interpretarse, ya en el sentido de que cabía volver á la protección, ya en el sentido de que él personalmente no había cesado de deplorar su término; pero compensó sus reticencias sobre la cuestión candente, exhortando al país á creer que su gobierno estaba dispuesto á sostener la Iglesia establecida. El país, que sabía muy bien que la Iglesia podía sostenerse sin el auxilio de un gobierno tory, pero que anhelaba estar seguro de que el Gabinete no tenía intenciones de atentar á la libertad comercial no respondió al llamamiento.

Edimburgo era uno de los sitios en que los conservadores resolvieron intentar un esfuerzo casi desesperado. Los liberales de esa ciudad estaban desavenidos; y las ocurrencias de 1847 no habían sido las más á propósito para atraer á ningún candidato que, por su posición y reputación, fuese capaz de unir á un partido dividido. Los electores, ambicionando tener un representante digno de la capital de Escocia, y deseando sinceramente reparar su mal comportamiento con un gran hombre que había hecho cuanto pudo por servirlos, volvieron los ojos hacia Macaulay. En una gran reunión pública se acordó, por aclamación unánime, adoptar las medidas necesarias para conseguir su elección. Los discursos en apoyo de ese acuerdo hicieron honor á los que los pronunciaron. Ningún hombre—decía Mr. Adam Black—ha dado mayores pruebas que Mr. Macaulay de que sabrá defender los derechos del pueblo contra los ataques del despotismo

y la licencia de la democracia. No ha dado esas seguridades en los comicios durante la excitación de las elecciones, sino que las ha ofrecido al público en la tranquila meditación de su gabinete. Si Mr. Macaulay tiene algún defecto, es que es demasiado recto, demasiado franco, que no usa ambigüedades para desarmar á la oposición. Muchos han olvidado su temprana, su elocuente, su constante, su sólida defensa de la libertad civil, y se han herido por unas cuantas palabras mal apreciadas. ¿Perderéis el más poderoso defensor por una cuestión de etiqueta? ¿Robaréis al Senado británico uno de sus más brillantes adornos? ¿Privaréis á Edimburgo del honor de asociarse con uno de los hombres más ilustres del día? ¿Impondréis silencio á esa voz, cuyos acentos sostendrían el ánimo abatido de los amigos de la libertad constitucional? No. Yo sé que los habitantes de Edimburgo no son tan poco cuerdos. En sus manos está el procurarse el mejor abogado de su propia causa, y de la causa de la verdad y de la libertad en el mundo; y se le procurarán. La proposición, formulada en estas palabras por el jefe de los whigs de Edimburgo, fué apoyada por un radical, cuyas manifestaciones fueron muy breves, como sucede casi siempre en Escocia y en el Norte de Inglaterra, tratándose de personajes locales, que ejercen verdadera influencia sobre la conducta política de sus paisanos. Terminada hace tiempo la enojosa cuestión, que á mí y á varios cientos de electores nos obligó, con sentimiento, á retirar nuestro apoyo á Mr. Macaulay en las elecciones últimas, aprovecho con gran placer la ocasión que se me ofrece de volver á mis primeras inclinaciones, secundando el nombramiento de ese ilustre historiador y estadista.

*A Miss Macaulay.*

Albany, 19 de Junio de 1852.

Querida Paca: No he dado, ni pienso dar, el menor paso cerca de los electores de Edimburgo. Pero ellos, con gran sorpresa mía, han caído en la cuenta de que me trataron mal hace cinco años, y que ahora están sufriendo la pena. No logran atraer á nadie de quien crean poder enorgullecerse; y parecían expuestos á tener representantes que les hiciesen echar de menos, no sólo á mí, sino á Cowan. Entonces, sin mediar ninguna comunicación conmigo, algunos de los personajes más respetables indicaron que la ciudad podría resolver sus dificultades eligiéndome á mí, sin pedirme que vaya, ni que contraiga compromisos, ni que exprese siquiera ninguna opinión sobre materias políticas. La proposición fué aceptada con entusiasmo; y estoy seguro de que la corriente de opinión en mi favor es poderosa, y de que probablemente saldré en primer lugar. Lo único que me piden es que diga que, si soy elegido en esas condiciones, iré al Parlamento. Todo bien considerado, no creo que, dentro de mi deber, puedo declinar la invitación.

Para mí, personalmente, el sacrificio es grande. Aunque yo no he de ir á perder el tiempo en rutinas, ni aceptaré ningún cargo, la publicación de mis siguientes volúmenes puede demorarse un año ó dos. Pero me parece una cosa de la más alta importancia que los grandes cuerpos electorales aprendan á respetar la conciencia y el honor de sus representantes, que no esperen una obediencia servil de hombres de capacidad y de energía, y que, en vez de catequizar

á tales hombres y atormentarles con triquiñuelas, depositen en ellos una amplia confianza. La manera de conducirse esos cuerpos últimamente ha apartado de la vida pública á excelentes personas, y apartará á muchas más, si la cosa no se remedia. El proceder de Edimburgo conmigo no ha sido peor que el de otros distritos con sus representantes; pero ha atraído más la atención, y se ha citado frecuentemente dentro y fuera del Parlamento como un ejemplo flagrante del capricho é impertinencia aun de los cuerpos más inteligentes de electores. No carece, pues, de importancia, ni es de despreciar que Edimburgo ofrezca de un modo espontáneo una reparación tan cumplida y aun tan sin precedentes.

No hables de esto más que lo que creas absolutamente preciso, y toca el asunto ligeramente, como yo siempre que se habla de él delante de mí.

Siempre tuyo,

T. B. MACAULAY.»

El diario demuestra ampliamente que en esta carta á su hermana, Macaulay, no escribió acerca de la elección de Edimburgo ni más ni menos que lo que sentía—suponiendo que él hubiese sido capaz de escribir de otro modo á nadie ni sobre nada.

15 de Mayo.—Encontré á Dundas en Bond Street, y fui con él al club. Craig me enseñó una carta de Adam Black, por la cual veo que algunos de Edimburgo piensan presentar mi candidatura sin consultarme. Dije algo contra la idea, pero creí mejor no parecer tomarla en serio. Comí con lord Broughton. Lord John y yo estuvimos juntos, y nos entendimos muy bien. No puedo menos de quererle; y lamento,

tanto por él como por el país, el menoscabo de su influencia y popularidad.

27 de Mayo.—Almuerzo con Mahon. Muy agradable. Recibí una carta de Ana, incluyéndome otra de Craig acerca de Edimburgo. Ella se ha conducido con un tacto y con una habilidad verdaderamente femenina. A mí me es completamente indiferente el asunto. Me agradaría la *enmienda*. Me desagradaría el trastorno. Los dos sentimientos se contrabalancean; de modo que no tengo sino seguir una línea recta de conducta, que es siempre lo mejor.

9 de Junio.—Recibí una carta de James Simpson acerca de la elección, y le respondí cómo pensaba. Estoy firmemente resuelto á que no se vea en lo que digo y escribo la menor señal de vacilación ó inconsecuencia. Me atenderé á una respuesta lisa y llana.»

Contra su deseo, no tardó en tener que dar esa respuesta al público en general. El comité de la sociedad escocesa de Reforma, alegando el derecho de sus miembros como electores, le escribió en términos respetuosos para saber si, en el caso de ser elegido, estaba dispuesto á votar contra la concesión á Maynooth. Contestó como sigue:

«Al Secretario de la Sociedad escocesa de Reforma.

23 de Junio de 1852.

Señor: Debo rogar se me dispense de responder á las preguntas que me dirige. Profeso un gran respeto hacia las personas en cuyo nombre escribe usted, pero no tengo nada que pedirles; no soy un candidato á sus sufragios; no tengo deseo de volver al Parlamento, y, seguramente, no volveré nunca sino en un caso que

yo no creía posible hasta hace poco y que aún ahora me parece muy improbable. Si los electores de una ciudad como Edimburgo juzgasen conveniente confiar sus intereses á mi cuidado, sin exigirme ninguna explicación ni garantía, yo no creería poder negarme á aceptar un cargo ofrecido de tan honrosa manera. Sé que no tengo el menor derecho á esperar que se me elija, en tales términos, representante de una gran población, pero tengo el derecho de decir que de ninguna otra manera renunciaré al tranquilo y feliz retiro en que he pasado los cuatro últimos años.

Tengo el honor de ser

Suyo siempre,

T. B. MACAULAY.

La digna precisión con que Macaulay definía su actitud no respondió del todo á los deseos de sus patrocinadores; y, sin embargo, es difícil comprender cómo podía escribirse mejor la carta en circunstancias tan delicadas.

«30 de Junio.—Me escribe Adam Black, muy alarmado por las consecuencias que pueda tener para la elección mi respuesta á la Sociedad de Reforma. Es cosa extraña, puesto que nada me importa lo que resulte de todo esto, que la carta de Black me haya producido cierta excitación física desagradable. Todo el día he andado alicaído, con un peso en el corazón y una sensación indescriptible de malestar. Son los achaques de una vida avanzada. Mi razón es tan lúcida como siempre, y me dice que no tengo el menor motivo para preocuparme. He respondido á Adam en términos mucho más suaves de los que hubiera empleado á no tratarse de él.

5 de Julio.—Veo en el *Scotsman* mi respuesta á Adam ó la mayor parte de ella. No me agrada esto; pero se ha hecho sin duda con la mejor intención. No puedo soportar nada que parezca humillarse.

Difícil es que nadie, ni el mismo Macaulay, pudiese descubrir la menor humillación en el lenguaje de su carta á Mr. Black. Desespero (escribe) de poder emplear palabras cuyo sentido no se tuerza. ¿A qué se reduce todo? Yo digo que tal distinción es tan rara que últimamente la creía inasequible y aún ahora apenas me atrevo á esperar obtenerla; y se dice que la estimo en poco. Digo que ser elegido representante de Edimburgo, sin presentarme como candidato, sería un alto y singular honor—un honor capaz de inducirme á hacer un sacrificio que no haría en otro caso—y se dice que eso es tratar desdeñosamente á los electores. Mi lenguaje, naturalmente interpretado, era respetuoso—más aún, humilde. Si hay quien vea un insulto en él, será porque está decidido á ver un insulto en todo lo que yo escribo.

7 de Julio.—Sueño desasosegado durante la noche, y después un día de excitación. El *Times* viene lleno de oratoria electoral. En conjunto, todo va bien. Bien la City; bien Tower Hamlets; un tropiezo en Greenwich, pero muy ligero; ventajas en Reading, Aylesbury, Horsham y Hertford; pero el triunfo en Hertford me apena por lo que atañe personalmente á Mahon. Me alegro de que Strutt lleve ventaja en Nottingham.

8 de Julio. — Otro día de excitación tras otra mala noche. Inmediatamente después del almuerzo fui á Golden Square, y voté por Shelley y Evans. Todo el día se pasó en preguntar á unos y responder á otros, en esperar noticias y devorarlas. El club parecía en-

teramente una colmena. Estuvimos intranquilos hasta lo último por Westminster. He recibido noticias, agradables y desagradables, de Black y Craig. Mi triunfo, si así puede llamarse, parece seguro. Yo no iré al escrutinio. No puedo viajar toda la noche en mi estado actual de salud; y en cuanto á salir el martes por la mañana, é ir hasta Berwick, con la exposición de tener que volverme en caso de derrota, no hay que pensar en ello. He conservado alta la cerviz; y eso sería una humillación, agravada mil veces por la reserva, rayana en altanería, que he mantenido hasta aquí.

A pesar de los recelos de Mr. Black, la altiva y firme conducta de Macaulay no había desagradado á los electores de Edimburgo. Pensaron con acierto que la dignidad de un miembro del Parlamento se refleja en sus comitentes, y más bien estaban orgullosos de votar por un hombre que era quizá el peor pretendiente desde Coriolano. El entusiasmo en su favor no se limitó á su partido. El profesor Wilson, el más distinguido superviviente de la antigua escuela del torismo escocés, según entendían el torismo lord Melville y sir Walter Scott, realizó el último acto público de su animada y alegre existencia yendo á votar por Macaulay. Al acabar el día, el resultado de la votación era éste:

Macaulay.....	1.846
Cowan.....	1.753
M'Laren.....	1.561
Bruce.....	1.068
Campbell.....	625

No es exagerado decir que, del uno al otro confin de la isla, se recibían las noticias con profunda y casi